

GOYCOECHEA MENÉNDEZ, MARTÍN (1877-1906)

EL ASTA DE LA BANDERA

I

Hacía diez días que la batalla duraba, sonora, sangrienta y terrible como una inmensa tempestad.

El bosque, por entero, parecía quejarse al sentirse destrozado por la metralla. Cuando una granada acertaba en uno de esos troncos venerables, llenos de musgo, santificados por los siglos, creíase escuchar el doloroso lamento del árbol al caer. Luego, sobre esa noble sien despedazada, sobre esa gran cabeza que, a través de los años casi innúmeros, se había compenetrado de la majestad de los soles radiantes y de la maravilla de los astros desfilando entre el silencio de las tinieblas, sólo quedaba un poco de humo vago, que el viento se llevaba.

A veces, solía suceder que, al pie del árbol caído, agonizaba un hombre y, entonces, la savia del coloso humedecía piadosamente las heridas del moribundo. Cuando éste lanzaba su último vagido, el vasto ramaje marchito transformábase en fresca y solitaria tumba, que protegía al cadáver del ardor de la canícula y del hálito descompositor del rocío. Aquellos dos muertos se pudrían juntos; y del pequeño, el hombre, y del gigante, el árbol, surgía una nueva explosión de vida, amasada con residuos viscosos de madera y con el jugo de la carne disgregada. Mientras esto sucedía, las granadas continuaban trazando a través del bosque sus terribles elípticas de fuego y exterminio.

- - - - -

Aquel inaudito cañoneo no callaba a ninguna hora. Era la repetición constante de una sola nota horrenda, el golpear de un brazo irrefrenable que iba taladrando el bosque. Pronto taladraría también la fortaleza y concluiría por derrumbar el pueblo entero. Eso no importaba, mientras hubiera brazos para manejar fasiles y pechos para hacer trincheras. Así lo decían los pequeños soldados guaraníes, cuyas espaldas nunca fueron vistas por el miedo.

Los soldados que quedaban libres de la muerte, sonreían melancólicamente ante aquella eterna derrota que los abrumaba. Cuanto más heroísmos, más fracasos; cuanto mayores esfuerzos, menos éxitos. Curupayty fue el único día claro en aquel eterno retroceder sangriento.

Cien leguas de territorio estaban repletas de cadáveres y de lágrimas, y era necesario marchar y combatir hasta que no restara un hombre en pie, a fin de que esa gran retirada

en pos de la desolación y de la muerte pintara sobre la tierra paraguaya la horizontal purpúrea de su bandera.

Los soldados no conocían el descanso ni los ejércitos la tregua. Aquella dulce raza guaraníca, que nació para perpetuarse bajo el perfumado encanto de los *apepúes*, los agrios naranjales aromados, no sabía, por entonces, otra cosa que luchar y morir. Es esto, sin duda alguna, el supremo arte de los pueblos. Y el *guasú*, sereno, audaz, implacable, víbora hecha hombre que se arrastraba en los pantanos; tigre feroz, descolgado sobre el enemigo desde la copa de los más altos árboles; reptil y fiera, águila y gusano; ser sin noción de la vida porque no tenía noción de la muerte; alacrán y rayo; aguda espina venenosa y ancho puñal siempre amenazante; poeta de la bondad y de la naturaleza en la paz, gigante en la pelea, no tiene otro arco triunfal que perpetúe la epopeya insuperada de su heroísmo, que una ruina secular y doliente, alzándose a orillas del Río Paraguay, y que se eleva esbelta y admirable, teñida aún por la sangre y cincelada por el cañón.

El sol dora aquella ruina y la envuelve amorosamente entre la pompa de su dorada veste real; la selva, respetuosa, la circunda, pero no la toca; el gran río la refleja a todas horas en su púdico cristal. Sólo allí, en la cresta de la mole de ladrillos, se advierte una mancha roja semejante a un jirón de púrpura. Es un árbol irguiéndose sobre la única torre que resta de la iglesia, coronado eternamente de flores. Tal una primavera sobre el más grande de los túmulos.

Y frente a esa ruina, antes de que concluyera de devastarla el cañón, un grupo de soldados de pies descalzos y alegres rostros infantiles, reían bulliciosamente, viendo explotar las granadas que les salpicaban de barro, de fuego y de hierro. Los soldados eran niños armados con fusiles; la iglesia, el brazo y la cabeza de un pueblo. Los primeros se apellidaban soldados de López; el lugar en que el templo se erguía, llamábase Humaitá.

II

Los defensores se burlaban del exterminio. La ola infernal de metralla que les envolvía, tratábalos familiarmente. El cañón y sus rostros eran viejos conocidos. Cuando esos niños no le escuchaban, sentían la nostalgia de su voz.

Uno de los soldados, el más pequeño de todos, cuya cabeza no alcanzaba a superar el extremo del caño de su fusil, indicó con el brazo unas nubecillas blanquecinas que partían del centro del temible bosque. Haciendo un gesto de asco, dijo:

-¡Son los *combá*!

Y se sentó sobre el glacis de una trinchera, dando la espalda insolentemente al enemigo. Cuatro o cinco proyectiles rebotaron a su lado.

-¡Sal de ahí! -le dijo un compañero.

-¡No saben tirar! -replicó el soldado.

Y, encendiendo un puñado de yesca, hizo despedir torrentes de humo a su grueso cigarro de hoja, mientras relataba los hechos de la víspera.

El día fue provechoso. A lo largo de las trincheras estaban tendidos sesenta cadáveres de negros brasileños y de *curepíes* -los correntinos endiablados- que les insultaban durante el combate en la misma lengua nativa. Y reían de la cara que ponían los *bayanos*, cuando sentían pasar bajo sus gargantas los filos mellados de sus cuchillos. Como el enemigo no daba cuartel, se le retribuía en la misma forma. Era un medio rápido y seguro de suprimir ambulancias y de anular hospitales.

Aquellos seis soldados destacados del grupo principal de la defensa, estaban comisionados de resguardar la iglesia, casi inútil ya, en sus parapetos exteriores. No se conocían, pues figuraban en diversos regimientos y uno de ellos preguntó al otro:

-¿Cómo te llamas?

-Juan de Garay -le respondió.

Y, sucesivamente, los demás dijeron sus nombres: Arturo de Mendoza, José de Ayala, Pedro de Irala... todos descendientes de conquistadores, vástagos de familias que ostentaban dignamente, pero sin orgullo, los más grandes apellidos de la conquista. Sólo el pequeño soldado de la trinchera no tenía más que un nombre: se llamaba Juan. Y, en el mismo instante en que así lo expresaba, un proyectil enemigo se estrelló contra su nuca. El niño quedó tendido sobre el reducto, ensangrentado y sonriente. Sus compañeros le envolvieron en un poncho, le depositaron en un ángulo del terraplén, protegido de los proyectiles brasileños, y continuaron sus relatos.

Ninguno de ellos tenía ya padre; todos quedaron hacia el sud, en los campos de batalla. Los hermanos mayores perecieron también en el sacrificio. Ahora les tocaba a ellos. Y aceptaban el peligro, con gesto lleno de espléndida impavidez.

Uno de los soldados, dijo:

-¡Tengo hambre!

Sus compañeros le miraron asombrados. ¿Acaso era permitido tenerlo cuando se peleaba? Ellos mismos hacía veinticuatro horas que no probaban bocado, y, si sentían hambre, se lo callaban. El que se había apellidado Mendoza, sacó de su bolsillo un trozo de mandioca y lo dio al hambriento. Seguramente no tenía más que eso, pero era igual.

El bombardeo acrecentaba en su intensidad. El cañón no sonaba ya a intervalos prolongados, como anteriormente. Ahora su voz se había hecho continua. Comprendíase que el enemigo quería terminar de una vez, obteniendo la capitulación de la plaza, bajo

un huracán de granadas. Y éstas cruzaban chisporroteando para estallar después en locas flores de luz.

Cada explosión arrancaba una carcajada a los defensores. Había quien cortaba las mechas ardientes de las bombas; otros, que las escupían antes de estallar. La mayoría mirábalas llegar tranquilamente.

Y en esto sucedió algo que arrancó un alarido de rabia a la pequeña guarnición: la bandera que fuera clavada en la cúspide de la torre, acababa de ser arrancada por un proyectil enemigo. No reemplazarla significaba declararse derrotados. Y el ejército todo, desde sus posiciones a retaguardia de la iglesia, advirtió emocionado, en silencio, que el único jirón restante de la bandera pendía aún de una arista de la torre. Era como un hilo de sangre.

III

Los niños contemplaron el destrozo con sus grandes ojos oscuros. Aquello les parecía inaudito. Era ése el único punto en que, hasta entonces, no había hecho blanco las balas brasileñas.

-Han aprendido a tirar -dijo un soldado.

-¡Miserables! -exclamó otro, mientras enseñaba al enemigo sus puños crispados por hondas ferocidades.

-Aquí hay una bandera -dijo Garay, sacando de bajo del atrio de la iglesia la vieja enseña de las fiestas del pueblo. Y, ganando de un salto la cúspide de la trinchera, la clavó en ella. El ejército la saludó con un inmenso grito de alegría, y el enemigo la hizo aún más gloriosa al salpicarla con su metralla.

De pronto, Mendoza dijo:

-Hay que colocarla más arriba.

-¿Dónde? -exclamaron los soldados.

-¡Allí! -respondió Mendoza, señalando la cúspide herida de la torre.

-Falta el asta para amarrarla -gritó el menor de los niños.

-Cuando no hay asta se la tiene con las manos -repuso Garay.

-¡Cierto! -dijo Mendoza.

Y, desatando la enseña de la madera que la sustentaba, la anudó en su cintura, lanzándose en dirección a la puerta de la torre.

-¡No puedes subir, la escalera ha caído! -le gritaban.

En aquel mismo instante, la morena cabeza del niño asomó por una grieta.

-Denme una bayoneta, para hacer pie en los agujeros -dijo.

Sus compañeros se la arrojaron. Y el pequeño soldado se perdió en la obscuridad de la torre.

Como sus antecesores, fieros, soberbios e invencibles, él iba también a la conquista de lo irreal, a ser el aventurero magnífico, que ascendía hasta la gloria agotando las expresiones del heroísmo. Los soldados no veían a su compañero, pero comprendían que debía estar luchando con la piedra disgregada, con el derrumbe continuo, para ir avanzando a costa de pedazos de su carne, hacia la cúspide de la torre. Y un niño dijo:

-¡No llegará!

Cual muda respuesta, en aquel instante apareció, por las últimas ventanillas, una mano sangrienta; luego, un brazo; después, el cuerpo todo del niño. Los defensores saludaron ese esfuerzo con un grito de unánime, de inmenso aplauso. Y el pequeño continuó ascendiendo por las delgadas columnillas del coronamiento.

El bombardeo arreciaba. Algunas balas, explotando cerca de la flecha de la torre, hicieron comprender que los artilleros brasileños habían visto al niño y le elegían como blanco. Una de ellas estalló a seis cuartas de distancia del soldado, envolviendo la iglesia en densa humareda. Cuando la nube se disipó, púdose ver algo de admirable.

En lo más alto de aquel baluarte dos veces santificado por la religión y el sacrificio, el guerrero, con el pecho vertiendo sangre, sostenía en sus pequeñas manos infantiles la bandera, ondeante, serena, alzando su vuelo tricolor por sobre el bosque, el templo y el río...

Y un momento después el enemigo rompió con sus proyectiles aquella débil asta de carne humana que sostenía la bandera, y el paño sagrado, ardiendo por entero, descendió por los flancos de la torre como un astro tumbándose en un abismo.